

# TIERRAS ALTAS. PAISAJE

Fermín Herrero

En mis momentos de exaltación mezquina pienso que el paisaje no existe sin mí y, en los instantes de rara lucidez, que no existo yo. Cuando me paro ante la naturaleza, casi nunca consigo conjugar lo de dentro y lo de afuera. De esta imposibilidad de conciliación sólo me salva, en ocasiones, la fotografía. Intentaré decirlo de modo más conciso: el ojo miente con frecuencia; la mirada, jamás. Y donde se pone el ojo se cuela, si uno es atrevido o vanidoso, la palabra, siempre engañosa en su afán de traducirlo. Mientras que detrás de la mirada está el tiempo y, si es de ley, la cámara, que no juzga ni interpreta, sino que eleva cuanto registra. Pero también es cierto que la palabra, aunque sea por aproximación, cuando acierta, como sucede con los clásicos, permanece a través del tiempo.

Fotografía y palabra que quisiera llevar de la mano por esos senderos que se adentran en la tarde y la sierra, serpean, débilmente blanquean, se enturbian y desaparecen. Y que, al margen de Machado, me recuerdan aquel jaiku de Bashoo: "Nadie va/ por el camino/ salvo el crepúsculo". Veredas que buscan el horizonte bajo una luz y un cielo purísimos, por la altura. Veredas que son quietud, porque el silencio y la soledad son tan abrumadores en cualquier camino de Tierras Altas que sobrecogen. Veredas y cielos que son la desnudez con olor a monte. Una desnudez estricta, al aire esquinero de la sierra alguna carrasca suelta, en los orillos, su austera resistencia, nada más. Los grajos cautos, gruñendo, siempre sembrando la discordia, llevando el luto de la tierra. Y a contraluz, un aguilucho que se lanza en picado y una hoja de roble, temblando, en la punta de una rama. Veredas solitarias, detalles escuetos.

Mas si hay un camino que contiene en esencia mi idea de las Tierras Altas, es el que va desde Taniñe a Villarijo. Tampoco soy nadie para recorrerlo. Al principio está Avelino Hernández, su obra entera, remontando el río con su hermano hasta subir a Veá; y al final aguarda la lluvia amarilla de Julio Llamazares. Es el desaliento de las pistas forestales, de los pueblos sin indicadores comidos por la broza, de las iglesias sin campanas convertidas en cuadras..., hay una desolación rulfiana que toca lo más hondo, los adentros de esta tierra. Y ahí está en el libro esa instantánea de la orfandad del cielo casi nocturno a través de un tejado hundido de Buimanco, metáfora seca, dramática, de la despoblación y el abandono.

Puedo, también, llevarlas a través de las estaciones. Cuando la primavera, tardía, es aún algo indefinido que puja en las yemas, que fermenta en el aire. Y aunque las violetas se inclinan, tan leves, marchitándose bajo los espinos, sabemos por la llamada del cuco que llegará el verde intenso de los sembrados y los pastos y, si es mayo

metido en temporal, contrastará con los ribazos amarillos, azules y rojos de los jébenes, los acianos y los ababoles expatriados a las cunetas por los herbicidas. Y en las tormentas finales, entrado junio, el bullicio postrero de los pájaros mientras las gotas, a cámara lenta se desprenden de las hojas o se demoran en los pétalos y despierta el aroma de los escaramujos, las bizcobas y los majuelos.

O en pleno verano, que aquí es tan corto y benigno y a partir de las aguas de agosto, sobre todo si adelantan, se vuelve tibio y se va. Y de cualquier manera, aun en los días fuertes de julio sólo hay que defenderse del sol a mediodía, porque luego, en cuanto te levantas de la siesta, al poco, ya refresca el solanillo y da gloria salir al campo. Y en las noches clarísimas, como de Leopardi, las estrellas ahí, las fijas y las fugaces. La mies esponjándose al rocío, su olor a paja y granazón, superpuesto, a modo de sinestesia, al murmullo del riachuelo junto a la oscuridad acorde de los grillos. Los cielos limpios del día y de la noche, esa desnudez y el lugar del hombre que mira, su insignificancia. Se dice en las Metamorfosis de Ovidio, creo, que el hombre es la única criatura a la que le ha sido dado observar el cielo. Pues eso. Pocos sitios tan afortunados como esta tierra.

Cuando las nieblas se agarran a la sierra y anuncian los algarazos de octubre, la mano del otoño se posa en las choperas, irisa los hayedos. Esparce sus matices por montes y riberas, lustra los acebales, madura las bayas y los frutos y encandila las hojas, que luego olvida. Con las escarchas prematuras sobre los lomos de los surcos, el campo humea, amoroso, al calorcillo del sol. También se recoge y al fin se refugia. Y olvida.

El invierno es el refugio. El invierno es la sensatez. Y nunca miente. Es el cierzo, su legitimidad tozuda e insomne que tan bien nos define, sus labios de estupor que deletrean el letargo de la tierra, su largo lamento que nos encadena con los muertos. Son las grandes nevadas de antaño, pues ya sabemos que siempre nieva más en la memoria. Esa claridad que deslumbra, que da sosiego y lejanías y esa serenidad si la noche se queda rasa y sube la luna llena. Y en el albor, las huellas tan livianas de los pájaros. Aunque también los camineros que abandonan en un ventisquero del puerto su máquina con aspas y casi a tientas tratan de seguir los árboles de la carretera, con lo rebelde que es la nieve con cillisca para asentar los pasos, guiándose por su instinto hasta llegar, medio helados, a algún pueblo. Porque no conviene olvidar que la soledad y el silencio y los fríos son hermosos como catalizadores de la belleza, ahora bien, otro cantar es soportarlos en los duros e interminables inviernos, cuando los odios se enconan, las venganzas se cuecen, las ideas dan vueltas sobre sí mismas y apocan los horizontes.

Pero a veces, casi siempre, qué remedio, pienso que existo, que he de tener mi lugar en el mundo. Y entonces me imagino. Es una tarde de otoñada, con caídas de invierno; la textura de la luz, de tan vencida, certera. Estoy al arrimo de una fuentecilla, de cualquier manadero de la sierra. Donde está el misterio, la creación. Una miaja de musgo y de

verdor en la ladera y la pureza del agua, a sus pies, brotando en mínimos chorros que mueven la arenilla. Ahí está la brevedad, la sorpresa, la sobriedad que se desprende del silencio desamparado de Tierras Altas. Estoy largo rato. La tarde cae por los cerros pelados, la quietud condensa el tiempo. A lo lejos, paredes como cremalleras que deslindan las dehesas, un hatajo de merinas se mueve con lentitud milenaria, seguramente hacia la taina del quinto. Veo al pastor arrecostado contra un chozo y veo columnas de humo, justo debajo de Peña Turquilla, serán los cisqueros requemando espinos. En realidad no veo, pero he visto alguna vez la soledad del hombre y el soliloquio del cisco y esa emoción tan rara, ese remusguillo, tan de nadie, permanece.

Es un ejemplo. Eso son para mí las tierras altas, así, con minúscula a ser posible, en estos parajes, sí, pero más allá de estos pagos. Una sensación que comparto con el Burns de las Highlands escocesas, o con Stevenson, o con el canto a los elevados páramos de las antípodas del australiano Les Murray. Y con Seamus Heaney, claro, y con Torga, y con tantos.

Y del mismo modo, por eso, prefiero lo pequeño. Si se piensa en un sitio en su conjunto suele hacerse desde el sentimiento. Y es peligroso. Por demasiado simplista siempre, por excluyente a nada que te descuides. De ese riesgo, por supuesto, se libra la buena fotografía, atenta al detalle y esclava del instante. Espero que estas palabras, amenazadas de continuo por la nostalgia y la dicha de la niñez, también se hayan librado, al menos algo.

**Fermín Herrero**